

RESEÑAS

Gabriel TORTELLA, José Luis GARCÍA RUIZ, Clara Eugenia NÚÑEZ, Gloria QUIROGA, **Cataluña en España. Historia y mito**. Madrid: Gadir, 2016, X + 538 p., 4°. ISBN: 978-84-944455-83

El profesor Gabriel Tortella, autor principal de este libro, ostenta una trayectoria merecedora de admiración como historiador profesional. Además, es acreedor al agradecimiento de cuantos, estudiantes o sencillamente lectores, se han beneficiado de sus claras y bien fundamentadas exposiciones sobre historia económica. Los restantes colaboradores de la obra son también historiadores muy acreditados en este área de conocimiento, en un sentido amplio: José Luis García Ruiz (seguros y banca), Clara Eugenia Núñez (educación y desarrollo) y Gloria Quiroga (condiciones de vida) comparten un perfil muy adecuado para ocuparse del tema que se expone aquí, en el que el trasfondo económico posee un protagonismo mayúsculo. Si acaso, hubiera sido deseable que se identificaran las partes del libro que son atribuibles a cada autor, puesto que esos capítulos no parecen tanto el resultado de una investigación de conjunto —en sentido transversal— como de una suma de aportaciones individuales, aunque eso sí, con coherencia interna y unidad de estilo.

Dicho sin matices, el propósito de la obra consiste en dilucidar las causas del separatismo catalán, para lo que se realiza una exploración histórica de largo recorrido, con énfasis

en algunos caracteres específicos del proceso. Es historia pragmática, o al menos, con una finalidad pragmática y, desde luego, muy oportuna en estos tiempos que corren. Eso se deja claro desde la primera página: “La idea de escribir este libro está muy ligada a la campaña secesionista que el entonces *president* Artur Mas inició allá por 2011”. La finalidad didáctica que está presente en todo el libro ha inducido a los autores a explicitar algunos rasgos que sirven para caracterizarlo. Es, en primer lugar, obra con enfoque histórico; algo muy obvio pero consecuente con el tema, ya que nacionalismo e historia son asuntos que suelen ir de la mano, por la función legitimadora que se suele exigir de la segunda, aún a costa de forzar si es preciso la veracidad del relato. Consecuentemente, los autores avanzan también su propósito desmitificador. El subtítulo del libro (“Historia y mito”) es una buena indicación de por dónde van los tiros. Eso se advierte a cada paso y el lector no va a quedar defraudado, porque se manifiestan como auténticos aguafiestas a la hora de desmontar tópicos justificativos. Como la historia instrumentalizada con fines nacionalistas suele ser, por su naturaleza, polémica y victimista hasta lo grotesco, no es de sorprender que el tono de las refutaciones pue-

da resultar ocasionalmente irónico, o incluso sarcástico: “Jordi Pujol ya nos dio una muestra de incompetencia –y de algo incluso peor– en la gestión de Banca Catalana, y también de la utilidad de involucrase en la *senyera* para evitar las consecuencias de errores y delitos” (p. 480); o bien: “Porque al Gobierno de Barcelona no le gusta que voten los barceloneses, que, en su conjunto, tienen la mala costumbre de no votar nacionalista” (p. 482). Alguno podría pensar que a veces se les va la mano a los autores, pero hay que comprenderlo, porque hace falta mucha paciencia para sobrellevar de manera aséptica las elucubraciones del nacionalismo, cuya base emocional no favorece para nada la credibilidad de sus afirmaciones en materia histórica.

Otro carácter distintivo de la obra, que en realidad es más un corolario que punto de partida, consiste en la constatación de una imbricación intensa y constante entre las trayectorias de Cataluña y del resto de España, hasta el punto de que resulta artificial el intento de entenderlas por separado. De ahí que el foco de la exposición ocasionalmente se centre en asuntos de ámbito local con fuerte proyección en toda España, verbi-gracia, la incidencia de la agitación barcelonesa en la caída sucesiva de los regentes, María Cristina de Borbón y Espartero durante la minoría de edad de Isabel II; o la *Semana Trágica* en 1909. Y a la inversa, otras veces el tratamiento narrativo es de alcance nacional, pero con el ojo bien puesto

en Cataluña: por ejemplo, las consecuencias locales de la independencia de América a principios del siglo XIX, o el impacto económico de la empresa pública en Barcelona y su entorno durante el franquismo. Son dos caras de la misma moneda. Como también se advierte en la introducción, se trata de una obra de síntesis, aunque con “una respetable cantidad de investigación original, especialmente a partir del Capítulo 3”; vale decir, desde la Edad Contemporánea.

Así pues, el libro recorre la historia de las relaciones entre Cataluña y España, o como indica el título, la historia de Cataluña en España. Claramente se trata de un asunto que es principalmente político, aunque como se ha avanzado antes, se enfatiza el elemento económico como base del hecho diferencial por encima de los aspectos culturales o sociales, cuya importancia se recuerda con alguna frecuencia (repercusión de las instituciones educativas y la alfabetización en la formación de una conciencia cívica nacional, por ejemplo), pero que –a mi juicio– no son objeto de análisis en la medida que merecen.

Está organizado en ocho capítulos que abarcan acontecimientos ocurridos desde los orígenes medievales de la unidad española hasta nuestros días, entendiéndose por tal el año 2016. Los capítulos son de extensión desigual. Los tres primeros, que cubren la Edad Media y Moderna (uno específico para el siglo XVIII) suman unas noventa páginas y reciben un tratamiento más sintético que los dedicados a

la historia reciente, quizás porque los episodios lejanos en el tiempo tienden, generalmente hablando, a tener una influencia difusa –aunque para nada insignificante– sobre las cosas de actualidad. Esto es algo que sí que se cumple en este caso, puesto que la cuestión diferencial, base del problema nacionalista catalán, cobra cuerpo y se formaliza a finales del siglo XIX.

Con estas coordenadas, podríamos espigar del capítulo I, la referencia al régimen feudal como *fet diferencial*; el carácter y límites del condado de Barcelona como “principado” o el anacronismo historiográfico señalado por los autores, de aplicar un concepto de nación moderno y de democracia a aquellos tiempos. Por el contrario, se dice, “lo que los historiadores nacionalistas omiten es que, de todos los reinos de la Península, el único en el que la inquisición pontificia estaba ya presente fue la Corona de Aragón, donde se estableció en 1242 contando con colaboradores de la talla de Raimundo de Peñafort y Nicholas Eymerich, ambos dominicos catalanes” (p. 32).

Retengamos también (capítulos 2 y 3) la interpretación de la recuperación económica catalana y, en consecuencia, la valoración de las reformas borbónicas en el Setecientos, sobre lo que se recoge las opiniones contrapuestas de Jaume Vicens y de Josep Fontana. Es cuando menos interesante, a este respecto, la referencia de la teoría de Mancur Olson (1982) “acerca de la ventaja que representa para muchas sociedades perder una

guerra, y ser sometidas a una reforma profunda que termina con las instituciones caducas que obstaculizan el desarrollo económico y el progreso social, y que son frecuentemente causa del estallido de conflictos” (p. 80). La misma discrepancia interpretativa se plantea respecto a la guerra de Sucesión en Cataluña: “Esta no fue una guerra de secesión, sino una defensa desesperada de los fueros medievales en la guerra civil de sucesión”. Concluyendo este punto con una cita de Vicens Vives a la que los autores de este libro atribuyen un alcance premonitorio: “Los catalanes [...] lucharon contra la corriente histórica y esto suele pagarse caro” (p. 71).

Ya entrado el siglo XIX (Capítulo 5), tras las independencias de América, el asunto fundamental es, como no, el papel del proteccionismo arancelario a la industria algodonera –con su dependencia del mercado español al renunciar a la competencia en el exterior– base de la prosperidad económica de la región, y sus implicaciones en diferentes planos: aceleración del desfase ya existente desde el XVIII entre el crecimiento catalán y el estancamiento español, con su correlato social, demográfico y cultural, o el *lobbyismo* sobre la política arancelaria y colonial que se ejecutaba en Madrid (lo que derriba la idea, victimista, de la marginación política impuesta a Cataluña). A estos efectos, y aunque no pase de ser un divertimento académico, da que pensar la reflexión enmarcada en el apartado titulado “El precio del proteccionismo” (p. 183 y siguientes y apéndice A,

p. 485 y siguientes) sobre el concepto de *deuda histórica*, que los coautores formulan en versión *centrífuga*, es decir, la repercusión del coste económico de la protección arancelaria al textil catalán para el resto del PIB nacional. En las conclusiones del capítulo se concluye, en definitiva, “El siglo XIX (y los inicios del XX) es probablemente el periodo en el que el desfase de la sociedad catalana con la del resto de España alcanza su punto máximo” (p. 197).

El sexto capítulo está centrado en el siglo XX “corto” (hasta 1975), del que por brevedad, señalaré únicamente la inserción profunda de los acontecimientos catalanes en la historia general de España durante los años de Primo de Rivera, la República, la guerra civil y el primer franquismo, sin que tampoco pueda hablarse, contra el mito nacionalista, de una especial saña en la represión de posguerra contra Cataluña: “el régimen franquista oprimió a toda España con admirable imparcialidad” (p. 272).

Con cerca de 200 páginas, el capítulo 7, titulado “De la Transición a nuestros días”, es con mucho el más extenso del libro, lo que se comprende por el fuerte impacto de lo ocurrido en las últimas décadas sobre los acontecimientos que ahora mismo se están viviendo en el país. Pero también, por el salto cualitativo y la deriva acelerada en que ha entrado la cuestión nacionalista en estos tiempos, que aquí se describe con coherencia interna y detalle. Algunas pinceladas a recordar, entre muchas: la formidable instrumentalización de la cultura, la lengua

y los medios de comunicación en la tarea de construcción nacional desde las propias instituciones autónomas; el particular interés de “la casta” política local en la proclamación de una Cataluña independiente; el papel ambiguo desempeñado por los gobiernos de Madrid en esta cadena de acontecimientos; o la propia debilidad secular del nacionalismo español por razones culturales de larga duración, pero que como reacción a la apropiación franquista, terminó prestigiando a los nacionalismos periféricos. Señalemos por último, que tienen especial relevancia, tanto por sus consecuencias históricas demoledoras en otros países, como por la actualidad que reviste la fórmula cuando se redactan estas líneas, las reflexiones dedicadas por los autores a la *nación de naciones*, una noción surgida en los albores de la Transición como solución de compromiso al problema de la organización territorial.

Como libro denso y extenso que es, resulta del todo acertado que los capítulos lleven su propio apartado de conclusiones, aunque se agradece el capítulo final, una extensa recapitulación que acentúa el propósito de clarificar al máximo el mensaje. Cuenta también con dos apéndices. El primero, dedicado al análisis pormenorizado, demasiado farragoso como para incluirlo en el texto, de la “la deuda histórica de Cataluña con España”; y segundo, una comparación entre los cuadros sinópticos sobre el siglo XVIII de un *Manual de Historia de España* y un *Manual d’Història*, ambos publicados por Santillana. Com-

pletan el libro algunos elementos que proporcionan un toque de calidad editorial, como son la inserción de un listado de abreviaturas empleadas, el de fuentes documentales, y una bibliografía extensa y cuidada. Lleva también un índice alfabético al final.

Esto último es una práctica loable que, por increíble que parezca, todavía no está considerada indispensable en la historiografía científica de nuestro país.

MANUEL MORÁN ORTI

Martín TURRADO VIDAL, **La policía en el banco de pruebas: 1831-1873**. Madrid: Foro para el Estudio de la Historia Militar de España, 2017, 243 p., ISBN: 978-84-946692-0-0

En el autor de esta obra, don Martín Turrado, ocurre la no frecuente coincidencia entre el saber académico, resultado de su formación como historiador, y el conocimiento facultativo, adquirido mediante una larga trayectoria profesional en el Cuerpo Nacional de Policía, que culminó como Inspector Jefe en el momento de su jubilación. Eso, que no se improvisa y conviene valorar especialmente en un tema de esta naturaleza, viene dando desde hace años resultados apreciables en forma de colaboraciones docentes y divulgativas, o de investigación altamente especializada. Recuérdese a ese respecto su *Policía y delincuencia a finales del siglo XIX* (2000), o *Las instituciones de seguridad de José I Bonaparte. El caso de Córdoba* (2011).

Don Martín Turrado se hace cargo, en la introducción, del desconocimiento generalizado sobre el objeto de su tema, especialmente en el periodo inicial: “la opinión más extendida, si siguiéramos profundizando, sería en muy poco diferente de la que tenemos del reinado de Witiza”, escri-

be (p. 15). Consecuentemente, relata conforme acontecieron los hechos, de manera lineal, las sucesivas vicisitudes en la formación de las instituciones españolas de seguridad entre la muerte de Fernando VII y los años de la primera República. Es historia institucional, puntualiza, centrada en la organización de la policía, y por tanto documentada —especialmente— sobre fuentes de carácter jurídico como son leyes, decretos, reales órdenes y circulares ministeriales, con frecuencia consultadas en la prensa coetánea. Es satisfactorio ver citadas en la bibliografía las *Memorias* del gobernador civil Antonio Guerola, fuente importantísima para el conocimiento de esta época, aunque menos conocidas de lo que merecen, que en su mayor parte están accesibles gracias a las ediciones de don Federico Suárez Verdeguer; la lectura de las *Memorias* de Sevilla seguramente hubieran enriquecido el panorama proporcionado por la que Guerola dedicó a su estancia en Zamora.

Martín Turrado es consciente de las limitaciones de la historia pura-